

Cada vez que algun cartel anunciaba alguna novedad, Máximo empezaba á leer el anuncio por el fin, esto es, por «los precios de entrada.»

Nunca concurría.....

Tal era Máximo.....



## CAPÍTULO XIII.

“SI.....”

## LXVI.

En la misma noche que Antonio escribía á Piedad una segunda carta, Máximo fué á ver á Antonio.

No perdian nuestros jóvenes la costumbre de visitarse.

Le encontró excitado, violento, *impresionado* sobremanera.

—¿Qué te pasa? ¿perdiste algo?

Se limitó á preguntarle.

—Estoy expuesto á perderlo todo.....

—¿Todo qué? ¿Pues tú qué posees en la vida?

—Pretendo poseer un corazon que vale mas infinitamente que todo cuanto posees tú, y á cuanto puedes aspirar.

—¿Algun amorío, eh?.....

—Un amor que no comprendes.....

—Si la muchacha *no está del todo mal*, no seria difícil que llegásemos á entendernos.

—¡Cínico!

—Nada de eso..... Pero en fin, cuéntame esta nueva aventura.

—No es aventura, es un amor serio. Estoy enamorado de una muchacha, y acabo de escribirla.

—Bien; ¿pero entonces, aun no sabes el resultado?

—Debo presumirlo.

—¿Adverso?

—No. Favorable.

—Pues adelante, si ella tiene algo mas que amor que ofrecerte. Y no vuelvas á acordarte de esto, si en el particular no ha de haber mas que amor.

—Es mi dificultad. Esta muchacha va probablemente á entrar en una situacion acomodada.....

Y Antonio contó minuciosamente á Máximo cuanto sabia y presumia acerca de Piedad, y de todo lo cual están al tanto nuestros lectores.

—¡Hum! hizo este, tan luego como hubo escuchado la narracion de Antonio. Conozco á ese D. Martin, y dificulto mucho que sea él quien de un empleo improvise una fortuna. Esto es muy comun en México; pero en el caso no creo que pase.

Por otra parte, tú nada tienes, y así es que no es conveniente esto por ningun título. Debes prescindir, Antonio.

—¡Imposible!

—¿Pues entonces?.....

—Pensaré y trabajaré.

—Lo segundo es necesario. Ya tendrá esa niña diez ó doce años para esperar á los primeros resultados del trabajo de su amante.... ¿Cuánto posees?

—Nada: esos seis duros que están ahí tirados.

—Pues para poder uncirte á la sagrada coyunda, te faltan nada mas que diez y nueve mil novecientas noventa y cuatro

piezas iguales á esas seis que *yacen* ahí. ¿Las tienes? No: pues á tenerlas, ó renuncia. ¡El tiempo! ¡el tiempo!..... ¿Crees tú que las mujeres pasan fácilmente por el tiempo, que es su mas formidable enemigo cuando pasa por ellas?

No lo creas.

Necesitas recursos, y esta es una cuestion muy seria.

Algo mas de un duro tiene que costarte *la costilla*: vé á pedir lo que te falta á alguno de esos Júpiter (*almo Love*) que soñabas en el colegio.

Las musas son nueve pobretonas, *bonitillas* y lo que tú quieras; pero si vinieran al mundo, serian unas *rotitas* de casa de vecindad, que ya hubieran *empeñado*, en algun *tendajo* de barrio, hasta sus guñapos de camisa y sus lirás.

No te ofendas, *hijo*; pero las nubes y las estrellas son muy mal tutor.

Viven de estafar tontos, y ni modo de citarlas ante tribunal alguno.

Los velos del crepúsculo son muy vistosos; pero nadie se puede tapar con ellos, y nuestras muchachillas suelen ser muy friolentas.

Tu Piedad come..... supongo.....

Tú haces versos.....

No se ha descubierto hasta ahora que los versos sean nutritivos.

¡Buen provecho para ambos!

Yo prefiero la fonda al Olimpo.

Tambien es de preferirse mil veces vivir solo, y *vivir*, á *ca*sarse, y que dos *se mueran* de hambre.

Deja *eso*, Antonio, á no ser que ella tenga lo que á tí te falta.

Todo se vende en esta vida: ¡véndete tú!..... lo mas caro posible; no te *malbarates*.....

¡Sí!... vé á rezar un *Padre nuestro* á Cupido.....

Ya vendrá el ciegucecito á apretarte la venda en el estómago.

¡Seis duros!..... ¡seis duros!.....

¿Para qué son seis duros?.....

Para muchas cosas, para muchas.

Para casarse, no.

Hé ahí, pues, una disyuntiva por via de consejo.

Prescinde.....

¿No puedes? pues no prescindas.

Vé entonces á comprar, con esa miseria, unas pocas de flores y una pistola.

Compra tambien una botella de algo fuerte.

Enfloras el cuarto y haces llover hojas de rosa sobre el lecho.

Te enfloras el *magin* hasta donde puedas.....

¡Todo flores como ha sido toda tu vida!

Cuando estés enteramente briago y enflorado, invocas el dulcísimo nombre de tu novia y te pegas un tiro..... ¿Te parece?

Y Máximo, al decir estas palabras, soltó una carcajada sonora, irónica, digna de Satanás.

Antonio estaba aterrado. ¡Todo era abismos y miseria en derredor suyo!

Hubiera dado su vida por recoger la carta que habia mandado á Piedad. Se sintió lleno de remordimientos, y con el pecho henchido de rabia y de una desesperante humillacion.

Tenia vergüenza de sí mismo, se habia ultrajado solo, de una manera detestable, permitiéndose tener corazon sin tener dinero.

—¡Dios mio!..... ¡Dios mio!—gritó mesándose los cabellos con fuerza.

Y fué á arrojarse, llorando, en los brazos de Máximo.

## LXVII.

Pero ningun hombre hay, sin duda, que no haya sentido alguna vez que el ala de oro de la fortuna le roza al pasar, por mas que haya provocado sus desdenes.

Todo el mundo ha tenido una época mayor ó menor de su vida, en la cual, sin saber cómo, siente que rueda hasta sus piés una ola del *Pactolum*.

Esto se llama, entre los hijos del deseo, «una sonrisa de la suerte.»

«Una caricia del destino.»

«Una tregua de la fatalidad,» &c., &c., &c.

En el lenguaje vulgar, se expresan estos breves períodos de la vida de un desgraciado, en términos un poco mas vulgares.

Por ejemplo:

«Remediarse.»

«Descansar.»

«Tener una *bolichada*.....»

Cuando cae un saco de oro á los piés de un *arrancado*, el *arrancado* ó se fascina y, por expresarnos así, le da un puntapié para que sigan rodando aquellas monedas, ó hace de su saco una especie de dios monstruoso y escamado, y lo va devorando poco á poco y tejo á tejo, entre mudas adoraciones, á aquella especie de becerro áureo y entre inverosímiles economías, hasta que viene un momento en que el talego llega á su estado de perfecta atrofia.

Entonces el hombre vuelve á tiritar de ese frio glacial que se llama «necesidad,» y recuerda sus doblones como quien recuerda un ensueño agradable.

Vino el sol á visitarlo, por algun tiempo, en su bohardilla, como un señor decente y rico.

Le hizo la «mala jugada» de pasarle por la nariz la «honra y el provecho» para que lo olfateara..... y despues.....

¡Se va con todo!

Fœbus condensó sus rayos y deslizó onzas españolas entre los harapos y el muladar de un poeta.

Pero el dinero, este *astro rey* del dia social, deja *allí* solo *un poco*, y se retira tapándose la nariz.

El oriente de tales astros suele retardarse demasiado.

Algo mas que un hemisferio, recorren estas constelaciones de la vida que se llaman *duros*, antes que volver á aparecer sobre las mismas manos, sucias y escuálidas, que las acariciaron hace tanto tiempo.

El centro de gravedad del dinero, es el dinero.

Cae en él como el cuerpo que tiende al centro de la tierra.....

### LXVIII.

Máximo se habia conmovido con el abrazo y con las lágrimas de Antonio; pero este no lo comprendió, porque el semblante de bronce de su amigo no pudo revelarle nada.

Sintió el *tórax* de Máximo, al abrazarlo, como hubiera sentido el tronco de un fresno antdiluviano:

Inmóvil, duro, seco y sin sávia.

Casi se arrepintió de aquella especie de expansion que ningun efecto pudo producir, y que ningun sentimiento habia podido despertar.

Se sintió rechazado por Máximo de una manera suave, pero fria.

—¡Siéntate!—le dijo el comerciante con voz á medias, tranquila é imperiosa.

«Siéntate, *poeta*, y veamos lo que se puede hacer de provecho.»

La verdad es que aquella entidad mercantil habia tenido algo de humano y de amigo durante un período de cincuenta segundos.

Pero la impresion producida por el arranque violento de aquel desesperado, solo pudo tocar un instante al corazon, subiendo desde luego á la cabeza.

Antonio empezaba todavía á sufrir, cuando Máximo ya habia algo de mas provecho:

Pensar en calma, y pensar por su amigo.

Le habia herido con horribles sarcasmos, y el resultado inmediato casi habia hecho saltar instantáneamente el arrepentimiento en aquella alma poco menos que diabólica.

Despues del sarcasmo, venia el consejo;

Despues del tormento, el consuelo.

No un consuelo vulgar, consistente solo en frases y conceptos mas ó menos estudiados, y por lo regular inútiles, sino que Máximo iba á prestar á su amigo un alivio real, efectivo, verdadero.....

Antonio se sentó en su lecho, desolado todavía y enjugando sus lágrimas.

Encendió aquel un enorme puro, y con ambas manos perdidas en los bolsillos de su *paletot*, se puso á pasear violentamente por todo el cuarto.

Aquel muchacho de hierro, paseándose en todas direcciones por la habitacion, lanzando humo, chispas y rumores, pensando en lo positivo y sin permitirse una sola flor en la imaginacion, despertaba la idea de una singular locomotora conduciendo un cargamento de recursos improvisados para un loco.

El que Máximo se ocupara de ver *qué hacia* con Antonio, era una prueba de que le queria.

Máximo no se ocupaba de nadie.

No bastaban todas sus facultades para ocuparse de sí mismo.

*Se robaba solo*, puede decirse, en obsequio de su amigo.

Sus minutos eran de oro, y se quitaba unos cuantos para dárselos á Antonio.

Este esperaba con impaciencia el resultado de aquellas meditaciones y de aquellos paseos.

Máximo, por fin, atusó sus bigotes de seda, cerró el puño convulsivamente, apoyándolo sobre la boca y la nariz, y se quedó parado.

Acaso jamás haya existido el *mythos* del cálculo.

Máximo en aquellos momentos le hubiera representado con toda propiedad.

Antonio vió que aquel calculador estaba fatigado y traspiraba.

¡Ah! las gotas de sudor de Máximo en aquellos momentos, tenían una importancia infinita.

¡Eran casi gotas de oro!

La esperanza misma se paseaba por allí envuelta en un *palletot* y arrojando nubes de humo por todos lados.

Antonio la encontraba así, seductora, y la prefería, aun cuando por otra parte se le presentase bajo la forma de una arrebatadora ninfa, sonriente y desnuda.

En aquellos momentos, Antonio idolatraba á Máximo.

Máximo estaba suspenso y pensaba.

Sin duda que ya se hallaba á punto de exasperarse.

Repentinamente se volvió hácia el lugar en que habían quedado casi olvidados, casi despreciados por Antonio aquellos seis duros.

Púsolos con cierta solemnidad en el bolsillo de su chaleco, murmurando:

—¡Al menos!..... ¡el azar!..... ¡qué sé yo!.....

Y dirigiéndose hácia Antonio, que le esperaba con ansiedad febril, fué á apoyar ambas manos en sus hombros, y de una manera breve, seca é imperativa, dejó caer este único monosílabo:

—¡Ven!

Antonio, sin contestar una sola palabra, tomó su sombrero y siguió á Máximo.

Como se verá adelante, no le habia ocurrido otro medio de llevar á su amigo de la mano hasta el terreno de una improvisación de fortuna ó del principio de ella, sino por medio de esas sombras, de esas tinieblas sociales, en las cuales se enciende una luz ficticia, porque no puede entrar el sol francamente.....

Le llevó á una de esas moradas en donde el dinero vibra y se muestra al rayo de un falso día, como esas mujeres que solo se dan del todo en ciertas casas.

#### LXIX.

Piedad habia leído y *releído* la segunda carta de Antonio.

La primera toda habia sido dislates, incongruencias y verdaderos desatinos, que sin embargo le habian llegado al corazón.

En el fondo de la segunda, más que pasión se notaba un principio de juicio, un vago indicio de sensatez, que hicieron presumir á la jóven que su amante habia hecho intervenir la frialdad del pensamiento en las *flamas* del corazón.

Esto le causó no sé qué vaga pesadumbre.

Le dió *un poco* de sentimiento.

La primera carta de Antonio le habia probado hasta la evidencia que era amada hasta el delirio, hasta la locura.

La segunda, tendia ó empezaba á tender á probarle que Antonio queria casarse con ella.

La primera solo decia: «corazon.»

La segunda, ademas de *eso*, decia otras cosas:

«Sociedad, conveniencia, decoro, &c.»

—¡Pobre muchacho!—murmuraba pensativa:—si pudiera influir de tal manera en él que llegase á dominarle y á hacer que prescindiese de *algunas cosas!*.....

Este «algunas cosas» se referia directamente á la vaguedad de Antonio, á su tendencia continua á volar, á sus continuas *excentricidades*.

Pensó hablarle *seriamente*.

Esto es, hacerle comprender que eran vanos los temores que Antonio le indicaba en su carta, sobre que D. Martin acaso rehusaria su aquiescencia.

—*Papaíto* no querrá arrebatarme lo que es mi felicidad—decia suspirando.—Y pensaba despues:

—*Con que* este señor sea «como todos» y no ande con locuras, vamos á ser muy felices.....

Y la jóven se dejaba llevar por esos sueños de rosa de las muchachas *que van á casarse*.

¡Oh!.....

Llegarán unos criados con unas grandes bandejas cubiertas de un velo de punto como si lo estuviesen de una nube.....

En aquellas bandejas van unos trages elegantes, llenos de blondas y perfumes, crujiendo al menor tacto de la mano, como si las besaran.....

El blanco, para la ceremonia.....

El negro, para la misa..... *la velacion*.....

Un velo blanco trasparente..... diáfano, como el prisma al través del cual ambos esposos acechan con disimulo su futuro Eden coronado con los santos placeres del matrimonio...

Una guirnalda de flores de azahar, blancas, puras, immaculadas, como sus últimos pensamientos de vírgen, que brotan acariciando los cabellos y el cuello de la esposa.....

Aquellos *azahares* nunca, nunca se volverán *azares!*.....

Porque van á quererse mucho, y *ella* procurará, por todos los medios posibles, *hacerlo* muy feliz, y *él* no querrá que *ella* sea desgraciada.....

Porque va á ser tan buena..... tan amorosa.....

*Les* leerán á la hora de la ceremonia una epístola de San Pablo «á los Corinthios,» «á los de Tesalia,» ó yo no sé á quiénes; pero mientras *el padre* la lee, procurará *ella* estar pensando en otra cosa.....

¡Sí, porque esa epístola dice cosas tan fuertes!.....

Los brillantitos de su aderezo de novia, lanzarán chisporroteos como miradas.....

Su esposo podrá verla delante de todos con enajenación, con arrobamiento, con éxtasis.....

Ella no le verá..... estará con los ojos bajos.....

Y cuando el padre diga el *Ego conjungo, &c.*, ¡ah! ¡ya estarán unidos para siempre!

Será la *ella*, la carne de su carne y el hueso de sus huesos (de Antonio).

Serán *dos en una carne*, como dicen las santas páginas.

Será su esposa ante Dios y ante el mundo.....

La primera copa del banquete nupcial irá acompañada de una mirada intensa.

Antes de *llevarla* á sus labios, fundirá en ella su postrer suspiro virginal.

Fundirá en el líquido y anguloso rubí de aquella primera libación, toda su alma, para que él la apure despues.....

La verterá como la sublime perla de aquella hechicera egipcia, querida de César y Marco Antonio.